

LAS SENCILLAS VACACIONES DE CARRERO EN CHIPIONA

NO sé hasta qué punto será cierta, pero la anécdota ha llegado hasta Cádiz y con su gracejo inconfundible la cuentan los gaditanos: «Cuando Fabián Estapé llegó a comisario adjunto de la extinta Comisaría de Desarrollo, el entonces vicepresidente, Carrero, manifestó su deseo de conocerle personalmente. López Rodó le había hablado tanto de la calidad de su nuevo colaborador... Pero hete aquí que Estapé tenía debilidad por llevar el cabello un tanto crecido; digamos que por encima del cogote. Consternación (minutos antes de la entrevista) en Presidencia del Gobierno. ¡Pero cómo se va a presentar así delante del vicepresidente! ¡Si le disgustan los pelos largos y las barbas! Se busca una barbería de urgencia, pero todas, hasta la del Hilton, estaban cerradas. Total, que el despacho de López Rodó se transformó, durante unos instantes, en improvisada peluquería, y unas tijeras acostumbradas a papeles burocráticos se tornaron instrumento mitigador de la discreta melena de Estapé...»

Así lo cuentan en la «tacita de plata». Sería prematuro deducir de esta historia que los gaditanos tienen una opinión cerrada sobre su huésped veraniego. De Cádiz a Chipiona, pasando por Puerto de Santa María, se habla de la sencillez, la discreción, el nulo afán de notoriedad del presidente del Gobierno. Nadie se pone muy de acuerdo en cuándo comenzó sus vacaciones en el hermoso pueblo de Chipiona. Los más exagerados hablan de catorce años. El justo término parecen siete temporadas. Quince o veinte días cuando termina el año político ha pasado Carrero cada verano en Chipiona.

Crónica y fotos de nuestros enviados especiales Julio García Castillo y José Sánchez Martínez

El último año se mudó a Puerto de Santa María, al chalé de su yerno, el presidente de la Diputación de Sevilla, don Mariano Borrero, y de su hija Carmen. Pero en Chipiona están convencidos de que volverá y le atribuyen nostalgias hacia la tranquilidad de la «Turrís Scipionis», cómo bautizaron los romanos: «En el Puerto hay demasiado bullicio; seguro que no le dejan en paz».

LOS SIETE BAUTIZOS DE SAN SEVERIANO

En Cádiz viven Guillermo y Luis Carrero Pichot, los hijos mayores varones. Al igual que su padre gustan frecuentar la iglesia de San Severiano, en las afueras de la ciudad. El párroco, don Francisco Garmona Romero, ha bautizado a siete nietos del almirante. En el hotel Atlántico suele alojarse el presidente cuando llega a la ciudad: un edificio blanco y airoso, de cara al mar. En cierta ocasión llegó don Luis Carrero de Madrid y, al descender del coche oficial, sus hijos le saludaron militarmente. Detalle que no indica ningún rasgo de severidad, sino que está dentro de la más pura ortodoxia militar, ya que la familia Carrero siente la vocación de la mar y los hijos ingresaron pronto en la Marina de Guerra.

El padre Garmona regenta una iglesia moderna, funcional, reconstruida recientemente. Don Luis Carrero es para el párroco un «querido amigo».

—Aquí he bautizado a siete

nietos de don Luis. Nunca quiso el presidente ocupar un lugar distinguido. Prefiere mezclarse con los fieles. El último bautizo fue comunitario y allí estaba él, confundido entre los asistentes.

«Sólo puedo destacar su sencillez, y su gran erudición. Todos los años, por Navidad, me envía una postal escrita de puño y letra. Mantengo una constante correspondencia y me ha ayudado en muchas ocasiones.

En el año 66 se inauguró la parroquia de San Severiano, recién reconstruida. El almirante envió una carta al párroco, excusándose por no poder asistir, «a causa de un Consejo de Ministros».

—Nuestra mutua amistad ha ido creciendo a lo largo de los años, desde que era subsecretario de la Vicepresidencia. Recuerdo que en una ocasión tuve que ir a visitarle a su despacho de Castellana, ya vicepresidente del Gobierno. Me dijo un ordenanza que era imposible verle. Pero, cuando rogué que le comunicara mi nombre, salió en persona y sonriente: «Padre, ¿qué desea usted?»

En Chipiona, don Luis, «el ministro», ha sido un veraneante más. Empezaba su jornada hacia las ocho de la mañana, en el sencillo comedor de un chalé sin pretensiones, orientado frente al Atlántico. Mucha gente que no conoce su interior comenta que debe ser lujosísimo. Lo cierto es que no difiere de cualquier hotelito de clase media, fresco y acogedor, pero

sin el menor asomo de ostentación.

Hasta las diez de la mañana trabajaba en silencio y luego se dirigía, a pie, hasta el cercano santuario de la Virgen de Regla. Oía misa y bajaba luego a la playa para bañarse con sus nietos. Era su momento verdaderamente sagrado; entonces le molestaban las visitas, a no ser que fuera una persona muy íntima. Más tarde despachaba hasta la una y media con su secretario particular.

«A LO SUMO, UNA O DOS COPITAS DE JEREZ»

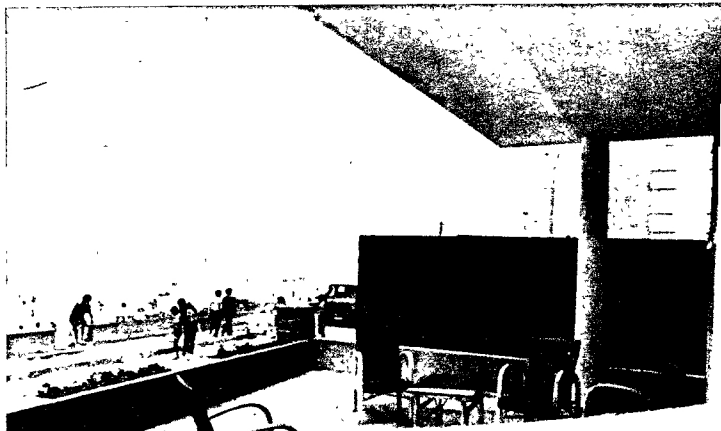
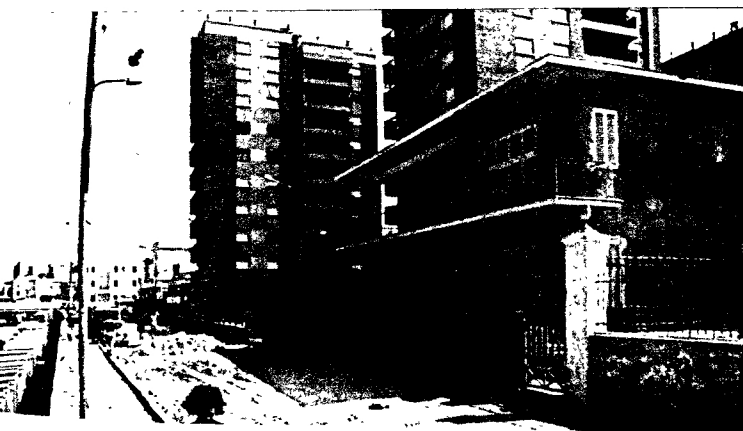
Raramente salía por la tarde y, cuando lo hacía, era para pasear por el pueblo o ir al cine en compañía de sus nietos, hijos de don Mariano Borrero. Ricardo, el propietario de una taberna en la calle principal de Isaac Peral (baldosines en el suelo, rejas en las ventanas, toldos colgados entre los tejados), revive una escena que le dejó muy impresionado:

—Salió corriendo el chaval de una pastelería de ahí enfrente, con tanta prisa y tan atolondrado, que estuvo a punto de volcar la bandeja llena de pasteles encima de doña Carmen, la esposa del ministro, cuando paseaban juntos. El chiquillo ni se disculpó. Y yo pensé: ¡Anda, que si supieras con quién has estado a punto de tropezar!

Don Angel Bárcena, el rector del viejo santuario de Regla, tuvo varias ocasiones de charlar con Carrero Blanco, que hace dos años aceptó la presidencia de la procesión de la Virgen.

—Fue la única vez en que

Un chalé sin pretensiones frente al Atlántico, en Chipiona. La terraza, junto a la playa; el comedor, que aprovechaba el almirante para





De izquierda a derecha: el párroco de San Severiano, Cádiz; el rector del santuario de Regla; el ex alcalde de Chipiona, señor Florido.

quiso asistir a un acto oficial. Pero lo hizo con mucho gusto y estuvo algo así como tres horas, estoicamente, de pie.

Quizá interesó al almirante el recogimiento de la iglesia, su belleza arquitectónica, que ha mudado el paso de los años, desde sus orígenes hacia el siglo V hasta hoy, en que alterna los estilos. La imagen de la Virgen estuvo oculta durante la dominación árabe y se halló en una cripta secreta. Ya en 1640 se restauró el claustro. Todos estos detalles, unidos a circunstancias milagrosas en tiempo reciente, debieron motivar el gusto del presidente por el santuario, que, además, visitaba con ojos de experto, como presidente del Patrimonio Nacional.

Su gran amigo de Chipiona es, sin duda, don César Florido, ex alcalde hasta hace un par de años e industrial bodeguero.

—¿Que si le gusta el vino de la tierra? Le he visto tomar, a lo sumo, una o dos copitas de jerez, porque es un hombre muy sobrio, con una gran salud. Desde luego tiene preferencia por los productos naturales. Particularmente por el pescado que llamamos aquí «kurta», a cuyas excelencias se refería con frecuencia. Fumador si es y fiel a una marca: Ducados. Nunca tabaco rubio.

No acepta jamás un regalo

hecho de forma oficial. A lo sumo, un racimo de uvas de moscatel para probar el fruto en sazón. No le gustan nada las altas edificaciones y si prefiere

Chipiona es por su perspectiva todavía limpia. A menudo se detenía en la playa a hablar con gente humilde. Temas triviales y menos triviales: la pesca, el

campo y las cosechas, los problemas del pueblo...

—Gracias a él —dice el señor Florido— se aceleraron las obras para la construcción de alcantarillado, la instalación de una depuradora, las viviendas sociales, una cooperativa hortofrutícola que ha eliminado el paro en la zona. Todo a través de los planes provinciales.

En 1971, Carrero presidió la procesión de la Virgen de Regla en Chipiona. A su izquierda, el infante don Alfonso de Orleans.



UNA LANCHAS DE MADERA PARA HACERSE A LA MAR

Cuando debía interrumpir sus días de vacaciones, para asistir a un Consejo de Ministros, iba en coche hasta Jerez y luego tomaba el tren hasta La Coruña. Volvía inmediatamente.

Gran aficionado al mar compró una lancha de madera, «a tercios» con Alvaro Pacheco, sevillano ilustre, y su yerno. Con ellos hacía excursiones hasta Rota y otras localidades. Para pasear por la playa se calzaba unas viejas playeras de lona. Los domingos, demasiado bullicioso, permanecía en casa, de tertulia o viendo la televisión.

Los chipioneros han querido bautizar el paseo marítimo con el rótulo «Carrero Blanco», pero don Luis no aceptó la distinción. Ni siquiera cuando, rizando el rizo del ingenio, propusieron la denominación de «Paseo de Juan de la Cosa».

J. G. C.

rabajar durante las primeras horas de la mañana. El cuarto de estar, donde ahora juegan los hijos de los propietarios de la casa de verano.

